
NOTAS Y APUNTES

***Carabelas, indianas y migraciones:*
fuera de los museos de España**
HUMBERTO E. ROBLES

HACE UNA DECENA de días apareció, en la sección dominical dedicada a «Viajes» de *The New York Times*, una crónica ilustrada sobre las residencias que habían construido los indianos que se habían marchado de España en busca de ilusiones, décadas y siglos ha, hacia diferentes horizontes americanos. De esas residencias, ahora convertidas en hostales y hoteles de lujo, rezuma el aire de los diferentes países al cual migraron esos españoles. El construirlas, con no pocos atributos de ostentación, pareciera querer hacer públicos, en el país de su origen, la buena fortuna y el éxito del emigrante. En el fondo se instala, no obstante, cierta paradójica melancolía: melancolía que remite por igual –y según la perspectiva– tanto al mundo encontrado como al mundo dejado atrás. Todo ello me hizo recapacitar sobre un viaje que hice recientemente.

Todo viajero cuenta sus aventuras porque ha visto algo que lo maravilló y quiere, de alguna manera, pasárselo a «un otro». Nuestro caso no es exactamente ese, especialmente en vista de que al menos el suscrito ha recorrido más de una vez, y en ocasiones hasta por mucho más tiempo, las mismas latitudes españolas por las que hace poco transité por más o menos un mes. Lo interesante del viaje se dio en términos de las grandes migraciones que están en marcha, en marcha al revés, en el momento actual. La periferia va hacia la metrópoli en busca de fortuna.

Las carabelas ahora se mueven hacia el Viejo Mundo. A su vez, los aludidos indianos son ahora los mestizos, amerindios y blancos latinoamericanos

que penetran en cientos de miles el horizonte étnico y cultural de España y Europa, y que nostálgicos reclaman sus parajes de origen, sus gastronomías, sus ontológicos seres. En hoteles, en taxis, en restaurantes, y en el trajinar de las calles uno divisa la estabilidad y la crisis, la euforia y el desengaño, la nostalgia y la imposibilidad del regreso. El constante movimiento de multitudes de aquí y allá.

Carmen, Isabel, Maite, Sofía, Rosa y tantas más hacen y deshacen camas y sábanas. Unas contentas, otras ladrando contra «los perros» españoles. Carmen es abogada y fue fiscal en su tierra colombiana. Tiene más de fina y elegante que ninguna otra cosa. Cuatro años por tierras ajenas, y limpia que te limpia habitaciones. Echa de menos Miami, Kendall, y no menos la gastronomía de Cali, su población natal. La comida española, dice, es pésima. Los españoles son unos abusivos, aprovechadores. Le pagan 800 euros al mes igual que a todas. La nota de cada cual es 800 más cualquier número de horas extras que puede llevar el sueldo hasta unos mil euros, o sea unos 1.300 dólares arreglando camas y sacudiendo colchones y lavando baños. Para Isabel, procedente de Zamora, prominentemente indígena, casada con un albañil que gana unos 3.000 euros mensuales, incluyendo las horas extras, claro, el mundo navarro es bello. Se come bien, dice ella. Contrario a su tierra, reitera, el arroz se consume poco en Pamplona, y eso le agrada. La dieta es superior en todos los sentidos a la de su terruño. Entre ella y su pareja tienen una entrada de más de tres mil euros al mes. Pronto van a comprar piso. A dos de sus hijos ecuatorianos los traerán. Además tienen dos nacidos ya en España. Ella trabaja sin quejas. Su educación es mínima. Habla con un acento en el que se notan las vocales más abiertas de la España donde ella transita. Tiene, a su vez, una niñera ecuatoriana que cuida de sus hijos. Ha construido una casa en su tierra, pero no piensa volver. No quiere volver. Su caso es del indiano en reverso que ha decidido que va a vivir lo mejor que puede, y esa circunstancia se la da España. Maite, mestiza lojana, también tiene hijos. No dice mucho. Su clase media la coloca en el fiel de la paradoja. Volver no cree que ocurra. No le queda otra que acostumbrarse. Sofía es ecuatoriana también, mayormente blanca, de Santo Domingo de los Colorados. Lo primero que dice es que ya compró un apartamento. Casi dice esto con orgullo y como una seña de identidad de su integración casi total dentro del mundo navarro. Rosa es metropolitana. Trabaja para una reconocida empresa española frente al público. Es una mujer simpática, desenvuelta, una mestiza atractiva y alegre. No parece tener complejos. Ella y su esposo, albañil tam-

bién, cuentan con el roce capitalino y cosmopolita de su lugar de origen, Quito, y de su lugar de traslado, Madrid. Se ha adaptado. En su casa también ingresan alrededor de 4.000 euros al mes. ¿Serán todas reinas o caerán, como en el poema de Gabriela Mistral, en la desilusión y en lo que no pudo ser?

Las migraciones internas se las registra entre los taxistas. Pepe es de Andalucía y Rafa es de Extremadura. Rehúsan aprender catalán y rehúsan dejar a un lado su acento andaluz y extremeño. Confían en estos extranjeros que dialogan con ellos en su coche. Cuentan sus vicisitudes por tierras que no son las de su origen, pero que, no obstante, son suyas, españoles que son. Hablan con cierto resentimiento –lo económico (y hasta lo racial) de por medio– de las migraciones de extranjeros, especialmente los de Marruecos y los del Sur del Sahara. Tienen hijos y familias en Barcelona y Madrid. En Barcelona se adaptan a que sus hijos les hablen con el nacionalismo de la región al que ellos contestan con su insistencia en su propio idioma, deslindando así eso de las autonomías de aquí y allá.

En los restaurantes suenan cada vez más caras latinoamericanas. Unos sirven y otros consumen. No se trata de fomentar estereotipos, pero al escuchar sus dejes uno acaba preguntándoles de dónde son, y ellos dicen de Perú, de aquí o de acullá. Hablan estos hombres y mujeres, y se mueven también, con acentos y gestos que ya indican un híbrido cultural. Casi desaparecen detrás del nuevo enmascaramiento idiomático y gesticulador.

Por las calles y en la pantalla familiar se ve que la homogeneidad pierde terreno ante la heterogeneidad. Hay telenovelas de diferentes latitudes latinoamericanas que se proyectan noche tras noche. El idioma del otro lado del charco reclama su lugar. Hay reportajes en la tele en que algún dueño de algún almacén no entiende por qué un cliente de este o aquel país usa la palabra «angosto». Nunca parecieran haberla oído. Piensan que sólo «estrecho» debería de existir. Está claro que algo ocurre, que algo está en el aire. Además, en la TV ya se dan personajes latinoamericanos, especialmente argentinos cuyo porteño decir se advierte a la distancia. Ellos, los porteños, no todos, claro, estiman que son los privilegiados por la sociedad española. Olvidan que ellos, por muy clase profesional que sean, dieron origen al vocablo «Sudaca», y siguen perteneciendo, más allá de las apariencias, a lo que ese humillante y alevoso vocablo implica y sigue resonando, aunque sea a boca cerrada. Las divisiones latinoamericanas, las de dentro y fuera de las fronteras de cada república, se las atiza por allá también. Parecieran decir –como traicionándose, ocultándose y protegiéndose de quién sabe qué– que no todos

somos como aquéllos. Todos están de acuerdo, sin embargo, que se come bien en España y que la vida, cuando se la vive bien, es buena en todas partes. Queda eso en el aire, porque entrar en la comida y los vinos sería para nunca acabar, y de eso nada.

Lo cierto es que ni museos ni galerías permiten tomarle el pulso a lo que ocurre en nuestro Occidente, como eso de las migraciones. En el Museo Nacional del Prado, en la exposición sobre el *Retrato Español. Del Greco a Picasso*, por ejemplo, yo no vi ni una «pluma» americana. No así en el olor de las ciudades y el hablar de las gentes de tantos países; en las urbes se vive y se siente la oleada de algo que este momento uno apenas puede imaginar, y que el suscrito sólo ha alcanzado a rozar en latitudes usa-americanas donde la hibridez se impone más y más, y, no es exagerado decirlo, con muchos años de ventaja frente a lo que le está pasando a esa Europa en crisis, en transición.

Los antropólogos y etnógrafos, no hablar de los sociólogos, tienen hartos pastos para estudios sesudos en torno a esa crisis, y no menos los cronistas y periodistas. Y la literatura y el arte plástico tanto más. ❀

Miami, febrero de 2005